

- 25 La flor mejor se eleva a nuestra boca,
la nube es de mujer,
la fruta seno nos responde sensual.
Y el mirlo canta, huye por lo verde,
y sube, sale por el verde, y silba,
- 30 recanta por lo verde venteante,
libre en la luz y la tersura,
torneado alegremente por el aire,
dueño completo de su placer doble;
entra, vibra silbando, ríe, habla,
- 35 canta... Y ensancha con su canto
la hora parada de la estación viva,
y nos hace la vida suficiente.
- ¡Eternidad, hora ensanchada,
paraíso de lustror único, abierto
- 40 a nosotros mayores, pensativos,
por un ser diminuto que se ensancha!
¡Primavera, absoluta primavera,
cuando el mirlo ejemplar, una mañana,
enloquece de amor entre lo verde!

Con el mirlo abandonamos lo real e ingresamos en el reino de lo imaginario, donde a lo inmanente se une lo trascendente. El canto del mirlo, lo mismo que la palabra del poeta, cumple la acción de la palabra sagrada de abrir un espacio («nos abre», «Y ensancha», «ser diminuto que se ensancha»), de entrar en contacto con la realidad. Y así la palabra poética da lugar a todo lo nacido («al imposible eterno de la vida»), puesto todo lo nacido tiende hacia ella. En virtud de esa apertura a lo trascendente, puede la palabra conocer el sentimiento de eternidad que habita en uno y puede el poeta ser fiel a ella. Esto lo sabe el poeta y así lo anuncia en el título: «Mirlo fiel». El poeta rompe con todo lo que le limita, pero es fiel a la poesía en cuanto experiencia.

La experiencia de la totalidad, la que el poeta intentó capturar en sus últimos años, es resultado de un lento trascenderse a sí mismo. Y la transcendencia engendra la transparencia, una claridad que nace del sacrificio. A fuerza de aceptar su no ser, llega el poeta a formar parte de la realidad. Esta identidad de ser y realidad, que se alcanza al final de un prolongado despojamiento, se verifica en «La transparencia, dios, la transparencia», primer poema de *Animal de fondo*

Dios del venir, te siento entre mis manos,
aquí estás enredado conmigo, en lucha hermosa
de amor, lo mismo
que un fuego con su aire

- 5 No eres mi redentor, ni eres mi ejemplo,
ni mi padre, ni mi hijo, ni mi hermano;

«... enredado conmigo, en lucha hermosa de amor...»



**Zenobia y Juan Ramón
en su casa de Hato Rey
(1953)**

eres igual y uno, eres distinto y todo;
eres dios de lo hermoso conseguido,
conciencia mía de lo hermoso.

- 10 Yo nada tengo que purgar.
Toda mi impedimenta
no es sino fundación para este hoy
en que, al fin, te deseo;
porque estás ya a mi lado,
15 en mi eléctrica zona,
como está en el amor el amor lleno.
Tú, esencia, eres conciencia; mi conciencia
y la de otros, la de todos,
con forma suma de conciencia;
20 que la esencia es lo sumo,
es la forma suprema conseguible,
y tu esencia está en mí, como mi forma.

- Todos mis moldes, llenos
estuvieron de ti; pero tú, ahora,
25 no tienes molde, estás sin molde; eres la gracia
que no admite sostén,
que no admite corona,
que corona y sostiene siendo ingreve.

- Eres la gracia libre,
30 la gloria del gustar, la eterna simpatía,
el gozo del temblor, la luminaria
del clariver, el fondo del amor,
el horizonte que no quita nada;
la transparencia, dios, la transparencia,
35 el uno al fin, dios ahora sólito en lo uno mío,
en el mundo que yo por ti y para ti he creado.

Desde los himnos del Rig Veda el fuego es considerado como algo sagrado. En la literatura religiosa posterior, se habla del fuego como verdadera experiencia íntima, hasta llegar al fuego místico de la unión con lo divino. La hermosa metáfora «lo mismo / que un fuego con su aire» (vv. 3-4) revela la transformación del hombre por el espíritu divino, que es nuestra más profunda esencia. El alma es purificada, transformada y amada por el fuego de Dios, con el cual llega a estar cada vez más unificada. Los símbolos revelan siempre. El fuego y la luz son símbolos convencionales para significar lo divino. Gracias al símbolo del fuego, la realidad última se hace transparente¹⁷.

El proceso de la oscuridad a la luz es religioso y poético. La iluminación, que es interior, añade la transparencia a la experiencia. El poeta, ser de la luz, ve con la luz la realidad esencial de la unidad, que inunda el cuerpo de la palabra y se vuelve más transparente con ella. Recorrió el camino de la purificación hasta llegar a la unidad simple. La presencia

¹⁷ A luz como reveladora de lo divino ha delicado Mircea Eliade un importante estudio: «Experiencias de la luz mística», Mefistófeles y el andrógino, Guadarrama, Madrid, 1969, pp. 21-97.

En el caso concreto de Juan Ramón, véase el amplio estudio de Ceferino Santos-Escudero, Símbolos y Dios en el último Juan Ramón Jiménez, Gredos, Madrid, 1975, especialmente el capítulo III, pp. 53-101, donde la luz va asociada al solo de dios y sirve para expresar la experiencia poética de lo divino.

divina se deja ver y sentir más en lo que dice, hasta el punto de ser dios quien habla en él y de cesar cualquier interferencia: «pero tú, ahora, / no tienes molde, estás sin molde» (vv. 24-25). Y así, lo que al final queda es la transparencia de la unidad, «la transparencia, dios, la transparencia», la palabra irradiante de belleza.

Al llegar a esa transparencia de la unidad, a ese antes del lenguaje, se percibe, en el ámbito del poema, el universo entero buscando expresarse. La clave de tal alejamiento podría estar en el largo poema *Espacio*, que además de ser una recapitulación de la vida poética de Juan Ramón, concentra en la fluidez de su escritura una visión de totalidad cósmica, a la que tiende por naturaleza la poesía, que salva al mundo nombrándolo. De lo que se trata en este «inmenso poema», como lo calificó Gerardo Diego, es de hacerse uno mismo poesía, de que la poesía hable en uno. Esta elevación de lo personal a lo universal, de la conciencia creadora a la absoluta de Dios, según indica el «Fragmento tercero», implica el vacío interior del corazón donde el infinito mejor se manifiesta. Ya que es allí, en el espacio sagrado de lo íntimo, donde se encuentra la llave de la totalidad¹⁸.

Si algo no es la poesía de Juan Ramón es una evolución lineal. Antes bien se trata de una tejido de recurrencias circulares, temas obsesivos y símbolos persistentes, en el que la palabra va desnudándose hasta transformarse en pura creación. El aprendizaje de esa desnudez sería así complementario de la necesidad de conciencia interior. Palabra íntima y desnuda de artificios, esencial, verdadera y bella. Este ideal de desnudez asociado a la pureza, que se intensifica a partir de 1906, es propio del hombre religioso, que tiende siempre a volver al origen, a lo real. Desde el relato sagrado del Génesis, el hombre está siempre buscando la sombra del paraíso. La poesía invoca el orden sagrado. A ella le corresponde restablecer la comunión entre los hombres, la antigua unidad perdida. Para alcanzarla tiene la palabra que ir desnudándose, puliéndose, adelgazándose. Toda la obra poética de Juan Ramón, y no sólo la etapa de plenitud o los poemas inéditos, tiene la inocencia de la mirada hacia la unión con lo divino. El mismo lo señala en las notas a *Animal de fondo*: «No es que yo haga poesía religiosa usual; al revés, lo poético lo considero como profundamente religioso, esa religión inmanente sin credo absoluto que yo siempre he profesado». Su constante corregir a nombre de la perfección va en contra de cualquier ruptura y afirma la unidad de su evolución poética. Es la unidad del origen la que radica en esa mirada inocente. Esa inocencia primera es la que sigue suministrando la sustancia de la poesía.

¹⁸ El propio Juan Ramón aludió a esta infinitud de *Espacio*: «El poema quiere ser algo también de horizontes ilimitados, sin obstáculos; dar la impresión de que podría seguir sin fin, continuadamente», *Conversaciones con Juan Ramón*, *Opus cit.*, p. 149.

No puede entrar ahora en el análisis íntegro del poema. Véase, al respecto, la edición de Aurora de Albornoz, Editora Nacional, Madrid, 1982; y el estudio de María Teresa Font, *Espacio: Autobiografía lírica de Juan Ramón*, Insula, Madrid, 1972.

Armando López Castro